

En las oficinas de El Globo,  
San Agustín, 2, y en todas las  
librerías.

## ANUNCIOS

## ESPAÑOLES

Se reciben en esta Adminis-  
tración, y en la Sociedad Gene-  
ral de Anuncios, Carmen, 10  
principal, y en Barcelona, se-  
ñores Roldós y C.<sup>a</sup>, Escudellers, 50.

## EXTRANJEROS

En París, la «Société Mutua-  
le de Publicité», rue Canne-  
sen, 61; director, Mr. Lorette.

## REMITIDOS

Precios convencionales.

Toda la correspondencia se di-  
rigirá al ADMINISTRADOR DE  
EL GLOBO.

## SUSCRIPCIONES

	Pesetas
Madrid.....	1 50
(Mes.....)	17 50
(Trimestre.....)	6 50
Provincias.....	12 50
(Mes.....)	22 50
(Trimestre.....)	8 50
(Ano.....)	32 50
América.....	15 50
(Trimestre.....)	15 50
(Ano.....)	55 50
En las demás Trim.....	20 50
En las demás Año.....	80 50

## VENTA

España.....	30 núm. 1 50
Portugal.....	25 núm. 1 50
América y	
Extranjero	
(Trimestre.....)	30 núm. 3 50
(Ano.....)	12 50
En las demás Trim.....	4 50
En las demás Año.....	16 50
Mim. del día.....	5 cent.
Mim. atrasado.....	25 cent.



DIARIO ILUSTRADO  
POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

Lunes 12 de Noviembre de 1888

MADRID—NÚM. 4-758

AÑO XIV—TERCERA ÉPOCA

## SILBIDOS QUE SON VOTOS

Dejémoslos de protestas y fórmulas vanas. Harto se comprende, sin necesidad de decirlo, que sucesos como los de ayer tienen que ser lamentables hasta cierto punto para todos los que no gustamos de manifestaciones estrepitosas, ocasionadas siempre—por grande que sea la prudencia de los manifestantes—desórdenes y conflictos.

Esto sentado, entramos en materia, resueltos a exponer nuestro humilde juicio con la sinceridad e imparcialidad en que nunca ha dejado de inspirarse El Globo.

Empezaremos por recoger indicaciones de La Epoca, periódico que extremando la acerbidad y acudiendo a lo que se llamaba en otro tiempo el vocabulario demagógico, ha demostrado en las actuales circunstancias, ser el órgano más fiel y autorizado del Sr. Cánovas del Castillo.

Extrañase La Epoca, de que en nuestro número de ayer consignásemos como una de tantas especies, entregadas a la voracidad pública, la de que los conservadores proyectaban organizar «grupos de gente maleante, de cuyos labios saliesen en un momento dado, voces y gritos subversivos encaminados a promover alteraciones del orden público.» Es verdad que la consignamos, pero también lo es que no la admitimos.

Hoy hubiéramos procedido de otro modo. La hubiéramos admitido, rectificando lo de la gente maleante, y afirmando tal vez que eran algunos periódicos y bastantes personajes del partido canovista los encargados de realizar tan arriesgada e imprudente maniobra.

¿Sabe el colega por qué? Porque bajo nuestra fé de hombres honrados aseguramos, que si durante la manifestación sonó algún grito medio ilegal, fué al punto reprimido por la protesta unánime de la muchedumbre, y que hasta la una de la tarde no se oyeron los «¡viva!» ni los «¡viva!» con que La Epoca, arrastrada por una temeraria obcecación, ha llenado sus columnas.

Más decimos: si acaso a última hora, en alguna calle de cuarto orden, y por cualquier pelotón de gente aviesa, se ha prorumpido en exclamaciones tales, a buen seguro que no han equivalido éstas ni a una décima parte de las estampadas en letras gruesas, y entre llamativas admiraciones, por el citado periódico canovista.

Prueba de ello, lo que declaran periódicos monárquicos, tan poco sospechosos como El Diario Español y El Día.

«En una y otra parte—escribe el primero—las silbas han sido tremendas, pero sin pasar de esta categoría la acción de los manifestantes.»

Y La Epoca, la misma Epoca, olvidada de su papel, deja escapar en un susurro de fondo esta confesión involuntaria:

«Cuando se daban determinaciones vivas y muertas, los directores del motín marcaban el compás, sin duda para que no se exaltaran demasiado la consigna y no se diese al acto revolucionario más color del que conviniera a sus autores, y por ende se comprometiera su causa.»

¿Para qué, mayores pruebas? No, no se puede en justicia dirigir sensaciones de cierta índole a los manifestantes.

Si ha habido provocaciones, si ha habido imprudencias, si ha habido riesgo de perturbación y conflicto, eso no es imputable a nadie, absolutamente a nadie más que a los conservadores, causantes y responsables, desde el principio hasta el fin de estos lamentables sucesos.

Arrogancia indisculpable es en un hombre de gobierno y de edad madura, la del Sr. Cánovas del Castillo, emprendiendo un viaje político después de lo ocurrido en Zaragoza. Arrogancia pueril, cuanto peligrosa, la de llevar en tal viaje ministros, cortejos y escolta completa, salir del tren para encaminarse a la catedral, como si allí le esperasen un Te Deum, y recibir memoriales a su paso en carruaje por la vía pública.

Desahogo inconveniente, el de abusar en discursos y brindis de las expresiones de desprecio, basando interpretaciones oscilantes y prodigando fierezas innecesarias.

Provocación fúnebre, y de las más graves, la agresión de los Sres. Villaverde, Sánchez Badaya y conservadores menudos, a la muchedumbre sevillana, pues tal y tan desusada acometividad, hizo reverdecir el recuerdo del 19 de Noviembre en el ánimo de los universitarios españoles.

Provocación sostenida y constante la de la prensa canovista arrojando sobre todos los adversarios los calificativos de canalla y de chusma. En esto, aparte de la inconveniencia, había la circunstancia de que se suscitaba una duda en todas las personas discretas: ¿Cuál era mayor cobardía? ¿La de la muchedumbre ciega como las fuerzas naturales, en la manifestación de su hostilidad colectiva, ó la de aquellos que insultaban a esa muchedumbre anónima, de entre la cual no podía salir a responder, sin pecado de necio quijotismo, individualidad alguna?

Las provocaciones llegaron ayer a su colmo, al mismo tiempo que llegaba a su fin el lastimoso viaje.

Se vió y se oyó a los Sres. Cánovas y Toreno contestar a los gritos de los manifestantes con ademanes y palabras, cuya copia es decorosamente imposible. De ahí, el que algunos presen a vías de hecho que merecen nuestra energía censura, siquiera la merezcan infinitamente mayor aquellos inverosímiles descomedimientos.

No obran así los hombres de Estado. No proceden de tan torpe y ordinaria manera los hombres de juicio.

¿Habrá quien pretenda atajar un chubasco ó un huracán por medio de imprecaciones y desahogos? El político eminente, el gobernante conspícuo, el conservador insignia, el gran Cánovas, hacedor de restauraciones, no ha imitado otros modelos ni continuado otras historias que los del célebre Jerjes cuando hizo azotar el Helesponto, como castigo al atrevimiento con que las enfurecidas olas le habían deshecho un puente de barcas.

De estudiantes postizos ó desahogados motejan los conservadores a la juventud de las escuelas. Como tales estudiantes han procedido ellos, mientras que los manifestantes, con su cordura, obraban como conservadores legítimos.

¿De qué manera calmó los ánimos la prensa canovista de la noche?

Ya queda dicho en las observaciones que más atrás dedicamos a La Epoca.

El copiar y reproducir tan sin tasa los supuestos gritos subversivos, inducen—sin voluntad del que así procede—a pronunciarios.

No sucedió cosa grave afortunadamente, pero por torpeza se hizo lo bastante para que sucediera, supuesto que las enormidades estampadas en letras de molde sobaban para reavivar el fuego medio extinguido.

La invitación y el estímulo eran poderosos, siquier inconscientemente.

Intervino con buen éxito y laudable energía la autoridad, barriendo las calles y dispersando los grupos; gracias a lo cual,—gracias sobre todo a la sencillez de la gente,—no ocurrió ningún conflicto. Algunos cintreros, una actividad bien entendida, y un rápido servicio de patrullas, bastaron para anular los propósitos, si acaso los había, de los discípulos y revoltosos, siempre apercibidos en casos semejantes, a promover disturbios de mayor trascendencia.

Conste, pues, que la manifestación de ayer se dirigió exclusivamente contra el partido conservador; que no tuvo carácter político, toda vez que dicho partido no está en el poder; que no aparecieron en ella los famosos elementos revolucionarios invocados por La Epoca y sus colegas; que esos elementos, lejos de utilizar el bullicio, se opusieron a que el Círculo canovista fuese alanzado, y en una palabra, que no tomaron parte en el acto, ni la canalla, ni la chusma, ni aun los obreros habituales, según el señor Cánovas del Castillo, a vender su voto, sino la juventud escolar, la clase media, y todos los que han condenado y condenan las teorías sustentadas por el estadista de la restauración en sus últimos discursos, así como la conducta seguida recientemente por sus correligionarios, que ha venido a refrescar las memorias de la Santa Isabel, del cierre de tiendas y de la cuestión de las Carolinas.

Por eso fué tan inmenso el número de los manifestantes; por eso tan unánime la silba; por eso tan sensata, dentro del natural alboroto, la actitud de los iniciadores y la de los curiosos que simpatizaban con ellos.

Pero, basta ya. Quélese las cosas donde han quedado, que harto lejos han sido, y no se pretenda renovar artísticamente tal género de demostraciones.

No hay nada más que probar, y todo lo que se quiera hacer y decir, está dicho y hecho. Corre la noticia de que hoy, mañana o el día 19, se repetirá el acto; y nos apresuramos a aconsejar a todos que desistan de tan destinado intento.

Con su realización satisfarían el deseo de los canovistas, empeñados en acreditar que con ellos no vá nada, y descontentos porque a estas fechas no hay un millar de detenidos en las cárceles, un centenar de heridos ó contusos en las Casas de Socorro, y una docena de cadáveres en el depósito ó en la vía pública.

A las aulas, los estudiantes.

Al trabajo, los ciudadanos que los han secundado, movidos por la antipatía común y harto justificada hacia los promovedimientos conservadores.

Una nueva manifestación, además de no tener objeto, no tendría disculpas.

## LA JORNADA DE AYER

## PRECEDENTES

Los rumores que desde hace cuatro días circulaban respecto de la manifestación anticanovista, parecían confirmarse por completo en las primeras horas de la mañana. A las ocho, cuando nosotros bajamos a la estación, se distribuían por toda la carrera fuerzas del cuerpo de orden público y grandes grupos de estudiantes y otros sujetos, en su mayoría correctos y decentemente vestidos, iban tomando posiciones como si se tratara de presenciar un solemne acontecimiento. A las nueve, la concurrencia era ya muy numerosa, y las compuestas, nutridas y dobles filas, que se extendían desde la Gilesea a la puerta de Atocha, podían calcularse, sin exageración en más de 10.000 personas.

Pocos momentos después, una sección de guardia civil a caballo se situaba en la entrada del Botánico y los grupos prorumpían en aplausos repetidos, uno ó cinco veces, victoreando al benemérito cuerpo, cuyo jefe correspondió al saludo con una ligera inclinación de cabeza. A aquel momento atravesaban varios coches del tranvía, oyéndose gritos de «¡que se calle el tranvía!» enarmonados a ímpetu que se tomaban por silbidos de los manifestantes los avisos de los conductores. El gobernador civil y otras autoridades procuraban disolver los grupos con prudentes exhortaciones, y las parejas del cuerpo de Seguridad que, a lo sumo, a cada diez pasos se encontraban, no permitían a nadie estar parado en la vía pública. En todas las bocanillas había además secciones de guardias de Seguridad.

## EN LA ESTACIÓN

A pesar de la orden circular dada ayer a los conservadores para que se abstuvieran de concurrir a la

estación, algunos de los notables del partido se consideraron dispuestos de cumplirla. En el andén esperaban los Sres. Toreno, Silveira (D. Francisco), su hermano D. Luis, los marqueses de la Puente y Sotomayor, el conde de Casa Solano, y algunos otros parientes de los expedicionarios. Para la generalidad del público no había billetes de andén. Allí se halla el jefe de vigilancia del gobierno civil, Sr. Pita, con una sección de guardias, y un grupo de quinientas personas formaba en dos filas en la esplanada donde ordinariamente esperan los carruajes que ayer se situaban a la parte de afuera.

Eran las 9 y 40 cuando se oyó silbar el tren, produciéndose un vivo movimiento de atención en toda la línea. Descendieron los señores Cánovas y Villaverde, y después de saludar a sus parientes y amigos, y de enterarse el primero del aspecto que presentaba la carrera, dando muestras de gran exasperación, dispuso que su señora ocupase un landau con sus señoras madre y hermana y D. Alejandro Castro, marchando él detrás en otro con los señores Silveira (D. F.) y Toreno, y el Sr. Villaverde en una berlina, que tomando la calle de Santa Isabel, sin ser reconocido, pudo sustraerse a las manifestaciones de la multitud.

Al aparecer el primer coche, un joven gritó ¡Viva D. Antonio!

Y sólo fué contestado con un ¡Fuera! por varios estudiantes.

Entonces se produjo un rumor indescriptible. ¡Ese es el jahl val! se la señora «Pues mejor; silbar para que se lo cuente» repetían otros. La señora parecía sonriente y al increpar los cocheros a la multitud, una piedra penetró en el coche. Al pasar el del Sr. Cánovas, que no fué reconocido en los primeros momentos, el conjunto de gritos, silbidos y apóstrofes de todo género rayó en el oído del delirio ¡Fuera! ¡No queremos conservadores! ¡Viva Zaragoza! ¡Viva Sevilla! ¡Fuera el monstruo! y millares de personas corrían en pos del vehículo.

## DETRÁS DEL COCHE

Seguía la multitud silbando desaforadamente tras del coche en que iba el Sr. Cánovas, quien sostuvo un breve diálogo con el gobernador civil que a pie y corriendo con rapidez increíble en un hombre de su peso, se interpuso entre el carruaje y los manifestantes, exhortando a éstos en todos los tonos y en todas las formas a que abandonaran en actitud de protesta, mientras que los agentes de orden público y fuerzas de la Guardia civil trataban de detener a los grupos que desde más lejos venían a todo escape a engrosar los cerecillos.

Desde el coche ocupado por los Sres. Cánovas, Silveira y conde de Toreno, salieron frases demasiado enérgicas, y algunos apóstrofes que oímos nosotros, y no consideramos, ni propios de la ocasión ni de los labios que los proferían; las trágicas actitudes del Sr. Cánovas y del conde de Toreno, quienes con medio cuerpo fuera de la ventanilla del carruaje gestulaban como poseídos, moviendo los brazos con violencia y furor, no nos parecieron sino no ocasionadas a lo que al fin se produjo, a pesar de los esfuerzos del gobernador, que recibió una pedrada en una mano y un ladrillazo en un hombro.

Los manifestantes no daban señales de cansancio, antes por el contrario, mostrábanse ansiosos y resueltos a seguir al coche hasta el último término de su viaje. El gobernador, viendo que ni ruegos ni exhortaciones de ninguna índole atajaban la ola de los grupos, ordenó que la guardia civil de a caballo formase en fila a la entrada del Prado, dejando abierto el paso a los carruajes y cerrándolo a la multitud.

El coche ocupado por el Sr. Cánovas aceleró su marcha y salvó la línea, no sin que de uno de los grupos saliera una piedra que pegó en el carruaje, incidente que motivó nuevos apóstrofes y frases groseras, cambiadas entre ambas partes.

Lejos de tomar por la calle de Alcalá hasta la de Fuencarral, siguió el carruaje, libre ya de escolta, por los paseos de Recoletos y la Castellana, hasta el hotel de los marqueses de la Puente y Sotomayor, padres políticos del Sr. Cánovas.

A la puerta del hotel aguardaban a aquel su esposa, sus hermanos, los condes de Casa Valencia, y otras personas de la familia.

Poco después llegaron por diferentes sitios varios personajes del partido conservador, que entraron en el hotel, permaneciendo algunos minutos, los para mente necesarios para salir a los viajeros.

En las inmediaciones del hotel había bastantes parejas de orden público y de la Guardia civil.

## EN LA CALLE DE FUENCARRAL

Si algún forastero ignorando el domicilio del jefe de los conservadores, para enterado de lo que se preparaba, hubiera pasado en las primeras horas de la mañana por la red de San Luis, al ver el aparato de fuerza desplegado a la entrada de las calles de Fuencarral y del Desengaño, con seguridad hubiera exclamado:

«¡Por aquí debe vivir el Sr. Cánovas!»

Las parejas de orden público, colocadas en correcta formación, parecían responder a un plan estratégico. Guardia civil de a caballo ocupaba las atreídas como medida de previsión. Bien pronto llegó lo que se esperaba tan de madrugada.

Los manifestantes, perdida la pista de los carruajes y oyendo que estos se habían dirigido a casa del Sr. Cánovas, tomaron la misma ruta por diferentes direcciones para acortar el camino.

Al llegar a la calle de Fuencarral el grupo de la manifestación, les salió un pequeño grupo al encuentro, dándoles la noticia de que el Sr. Cánovas no estaba en su domicilio.

Pero no quisieron perder el viaje, y comenzaron a silbar de un modo tan estruendoso y a dar gritos tan nutridos algunos, que los vecinos de las casas inmediatas, que de mucho antes estaban acamados a los balcones, hicieron coro a los que silbaban.

Uno de los circunstantes lanzó sin duda en broma el grito de «¡Viva Cánovas!» y la broma le resultó pesada, pues sin saber de dónde, le cayó un palo en la cabeza, produciéndole una contusión.

El agresor no pateó; en cambio la policía detuvo a un individuo que parecía capitanear uno de los grupos.

El caudillo no tenía otras armas que una escoba, no muy limpia.

El gobernador civil se presentó a los pocos minutos, mezclóse en los grupos y a fuerza de exhortaciones logró disolverlos.

También vimos a los Sres. Abascal y Lara.

## CONTRA «LA ÉPOCA»

El grupo de manifestantes, muy numeroso por cierto, pues engrosaba por momentos, dirigióse desde la calle de Fuencarral a la de la Libertad, donde tiene sus oficinas el periódico conservador.

En dicha calle había ya otros grupos, que no eran segun parece de estudiantes, y a poco de comenzar la silba, que no desmereció en punto a ruidosa y compacta de las anteriores, arrojaron algunas piedras a los cristales de las ventanas.

Los redactores de La Epoca, salieron a la puerta desde donde afearon el proceso de los manifestantes que arrojaron los silbidos y los gritos contra Cánovas, los conservadores, y dicho periódico.

En lo más recio de la silba, llegó a las puertas de la redacción el Sr. Cos Gayón, acompañado de sus dos hijos. En cuanto los de fuera notaron la presencia del exministro conservador, redoblaron los gritos, y comprendieron entre los ¡mañana! al señor Cos Gayón. Los hijos de éste trataron de hacer frente a los que gritaban, pero uno de los redactores de La Epoca hizo entrar a los tres en la redacción.

Las puertas de ésta quedaron totalmente abiertas, sin que ninguno de los manifestantes osase tras pasarlas.

Los redactores llamaron por teléfono a diferentes delegaciones de policía, solicitando el envío de fuerzas para disolver la manifestación. En la calle no había más que una pareja de policía urbana que quiso oponerse al propósito de los grupos, aunque en vano.

Está perfectamente probado que de ningún grupo de estudiantes se lanzaron las piedras que rompieron los cristales, lejos de eso muchos de aquéllos protestaron en alta voz del punible hecho.

Cuando llegaron las parejas de la Guardia civil de caballería y el gobernador civil, los manifestantes se alejaban gritando aún, por el otro extremo de la calle.

El Sr. Escobar y los redactores de La Epoca se quejaron enérgicamente al Sr. Aguilera del abandono en que la autoridad había dejado aquellas oficinas. El gobernador prometió castigar severamente a los guardias cuya lealtad ó abandono se demostrara.

Después se tuvo conocimiento exacto de que, quien rompió los cristales con un palo, fué un hombre vestido de blusa y boina.

## DELANTE DEL CÍRCULO CONSERVADOR

Desde la calle de Fuencarral un numeroso grupo de estudiantes se dirigió hacia la Carrera de San Jerónimo, deteniéndose delante del edificio donde se hallan establecidos el círculo republicano y el conservador. Algunos sódicos de este último círculo asomaron detrás de los cristales, al balcon que hace esquina a la calle del Lobo, mirando con cierto desdén a la manifestación estudiantil, que guardaba el orden más perfecto. Al verlos se desencadenó una verdadera tempestad de silbidos y de manifestaciones de desagrado, oyéndose algunos gritos de «¡Muera Cánovas!» «¡Viva la libertad!» «que se vayan» y algunos de nuestro que otro.

Diose que varios manifestantes pretendieron subir al círculo, y que los individuos del republicano les hicieron desistir de tal propósito.

Como arreciaba la manifestación, cerróse la puerta de la casa, y si nuestra vista no nos engaña, quedaron dentro del portal algo parecido a las bocanagas encamadas de la guardia civil.

Entonces algunos individuos, de esos que se mezclan a todas las manifestaciones, para que pierdan su carácter pacífico y revistan cierto aspecto de gravedad, extramando los procedimientos, lanzaron algunas piedras, que fueron a dar contra los balcones del círculo conservador, rompiendo algunos cristales.

La protesta de los circunstantes fué espontánea y unánime; un estudiante, alzando en brazos de sus compañeros, recomendó la prudencia, y condenó, en nombre de todos, semejante proceder, aconsejándoles que expulsaran de entre sus filas a aquellas personas que, apelando a medios impropios de la cultura de las alí presentes, intentasen turbar el orden.

Terminado este pequeño incidente, una comisión de los manifestantes, se dirigió hacia uno de nuestros redactores, que se hallaba en cumplimiento de su deber, presenciando los sucesos delante de la casa de la Suiza, y le hizo presente sus deseos de que se consignara en las columnas de El Globo, como así lo hacemos gustosos, que los individuos que saltaron a pedradas la redacción de nuestro colega La Epoca, así como los que rompieron los cristales del Círculo conservador, eran en un todo ajenos a la manifestación que se efectuaba, y que los verdaderos manifestantes rechazaban indignados una demostración de todo en todo contraria a sus principios y deseos.

De pronto se oyó una voz que gritaba: «¡casa de Villaverde!» y los manifestantes, después de una última pitada colosal, a modo de despedida, al círculo conservador, dirigiéronse ordenadamente hacia la casa del citado personaje, dispuestos a hacer uso de sus armas de viento.

## EN VARIAS CALLES

Después de la manifestación hecha ante el círculo conservador, marcharon los grupos sin rumbo fijo.

En la calle del P. Jacipe, los balcones estaban llenos de gente, y en las azacas se paraban los transeúntes para ver pasar la manifestación, convertida en espectáculo para los indiferentes.

Al pasar por delante del teatro Español, que es



tentaba todavía los crepúsculos de duelo, descubriéronse los estudiantes; lo mismo hicieron todos los que les seguían; cesaron por un momento los gritos y los silbidos, y la muchedumbre pasó en solemne silencio, rindiendo un tributo de duelo a la memoria de Rafael Calvo.

Signieron después por la plaza de Matute, desembocando en la calle de Atocha y plaza de Anton Martín. Allí había numerosos grupos, que se incorporaron a la manifestación, compuesta entonces de unas 2.000 personas.

Un estudiante hizo tribuna de una farola, y dirigió la palabra a los manifestantes, recomendando unión y orden, y terminó gritando:

—¡Viva el pueblo! ¡Viva el ejército! ¡Abajo el partido conservador!

Estos gritos fueron secundados por muchas voces, y dirigió la manifestación hacia la redacción de *Las Ocurencias*. Allí aumentaron los silbidos y la gritería, y fueron quemados algunos números de nuestro colega; pero sin que se cometiese ningún atropello, debido principalmente a la prudente actitud de los redactores y dependientes de aquel periódico.

La duena de una tienda, inspirada seguramente en las teorías y prácticas del partido conservador, exclamó al ver pasar la manifestación:

—¡To lo eso estaba acabado con cuatro cañoneros.

Los manifestantes no dieron importancia a la opinión de la tendera, y continuaron su marcha, acordando dirigirse al domicilio del Sr. Villaverde, que creían en la calle del Omo; pero alguien mejor informado indicó que era en la de Fernando el Santo, y allí fué la manifestación, cada vez más nutrida, y silbando desahogado.

En una de las calles del tránsito encontraron un carro cargado de paja, y algunos estudiantes ataron manojos a los bastones, llevándolo a manera de trofeo, y dando lugar con ello a frases chuscas.

—¿Para quién es eso?—preguntó una mujer.

—Es el almuerzo para... (aquí un apellido.)

A instancias de un inspector de vigilancia, fueron suprimidas tales insignias.

Al pasar por enfrente del Ateneo, los silbidos se cambiaron por aplausos, en señal de agradecimiento por el refugio que los estudiantes encontraron en aquel edificio cuando los sucesos de hace cuatro años.

En la calle de Santa Catalina, encontráronse con otros grupos que marchaban por la Carrera de San Jerónimo, y todos continuaron por las calles del Barquillo, Saucos, Salasas, doña Bárbara de Braganza y Palacio de Justicia.

Ya cerca del domicilio del Sr. Villaverde, troppezó la manifestación con los señores ministro de la Gobernación y gobernador civil al frente de gran número de agentes de seguridad.

Ambas autoridades exhortaron a los manifestantes para que desistieran de sus propósitos, pero encontraron tan pocos que se dejaron convencer, que la manifestación siguió gritando y silbando, después de haber aplaudido a la Guardia civil.

#### EN CASA DEL SEÑOR VILLAYERDE

Compuesta de unas 4.000 personas, llegó la manifestación a la calle de Fernando el Santo, silbando estruendosamente y dando gritos poco favorables para el Sr. Villaverde, enfrente de su domicilio.

A los pocos momentos llegó el Sr. Aguilera con fuerza de la guardia civil, y amonestó a los grupos para que se retirasen; pero los pitos funcionaban y las palabras del gobernador no eran atendidas. Si no consiguió hacerse obedecer inmediatamente, en cambio se ganó algunos aplausos.

En vista de que los silbidos y los gritos contra el Sr. Villaverde no se interrumpían, amenazó con usar de la fuerza, y ordenando a los guardias civiles que avanzasen, consiguió dispersar a los manifestantes, que salieron de la calle al mismo tiempo que otro numeroso grupo se dirigía a ella por la de Zarzoso.

El Sr. Moret, que entonces se dirigía al ministerio, salió al encuentro de los manifestantes, quienes le saludaron con vivas y aplausos, y atendieron a sus exhortaciones, retirándose de aquellas calles.

#### VARIAS NOTICIAS

Como medida de precaución, durante toda la mañana permanecieron en los cuarteles las tropas de la guarnición. A las once y media, los oficiales de ciertos cuerpos recibieron orden de retirarse a sus casas.

Provocada sin duda por la lectura del número de anoche, a eso de las diez, hubo otra manifestación frente a las oficinas de *La Epoca*. No la presenciaron nosotros; pero según versiones recogidas, no presentó aspectos desagradables, ni mucho menos tumultuosos, como los conservadores se empeñan en hacer ver.

A las altas horas de la madrugada, las inmediaciones de la casa que habita el Sr. Cánovas, presentaban el aspecto ordinario. Las parejas de orden público de la Red de San Luis y de la calle del Desagüo, eran los únicos agentes de autoridad que vigilaban las avenidas de aquellos sitios.

En los alrededores del círculo conservador, se observaba la propia tranquilidad.

Anoche se decía que así que se abran las Cortes, piensan los conservadores provocar un debate amplio sobre los sucesos de que han sido teatro Zaragoza, Sevilla y Madrid. Nada tiene de extraño tal noticia; pero se añade además que el Sr. Cánovas, a nombre de la minoría conservadora, declarará que aprobando el ministerio la conducta de las autoridades, hallándose indefensa la monarquía, contra la cual, dicho sea de paso, no se ha lanzado que sepamos un grito siquiera, habiendo perdido el partido liberal toda noción de gobierno y estando a merced de las turbas el orden social, ellos, los conservadores, declinarán la responsabilidad de los sucesos que prevén, se retirarán del Parlamento y aconsejarán a sus amigos que ocupen puestos en los municipios y en las diputaciones provinciales la renuncia de sus cargos, para alejar de este modo hasta la más leve sospecha de que un partido de orden tiene relación alguna con una situación calificada de anárquica y revolucionaria.

Paréceme la noticia inverosímil: no lo es sin embargo; algunos personajes del partido conservador, y quizá el jefe entre ellos, han llevado su indignación hasta ese punto. De aquí a que se abran las Cortes pasará algún tiempo, durante el cual el señor Cánovas tendrá espacio suficiente para meditar bien lo que hace.

En las calles de San Bernardo, Almudena, Puerta del Sol y Montera, fueron presos los siguientes: Dimaso Álvarez Tapia, de 35 años, sastre; Pedro de la Pasa, 40 años, comerciante; Juan Franco Muñoz, de 20 años, mozo; Angel Justo Caro; Probo Conde Sanz, de 17 años, comerciante; Enrique Albarola Colazares, de 25 años, marplatista; Adolfo Pedreño, de 17 años, estudiante; Aurelio Álvarez Marín, de 19 años, estudiante; y Juan Iglesias Risco, de 26 años, tipógrafo, los cuales pasaron esta madrugada a disposición del juzgado de guardia.

#### EL BANDO DEL GOBERNADOR

Dice en su parte dispositiva:

1.º Se prohíbe la formación de grupos y cortillos

que interrumpen el tránsito público, y toda manifestación que no se halle autorizada previamente.

2.º Los grupos, si llegaren a formarse, serán disueltos por los agentes de mi autoridad, en la forma prevenida en el art. 257 del Código penal.

3.º Los que contraviniesen lo dispuesto en el presente bando, serán desde luego detenidos y puestos a disposición de los tribunales para ser juzgados con arreglo a las prescripciones del art. 3.º, libro 2.º del Código penal vigente.

4.º La Guardia civil, inspectores y fuerza del cuerpo de Seguridad y demás dependientes de mi autoridad, quedan encargados de hacer cumplir con toda energía lo dispuesto en este bando.

#### DECLARACIONES

A fin de evitar malas interpretaciones acerca del carácter de la manifestación de ayer, comisiones de estudiantes han redactado y enviado a los periódicos la siguiente declaración, que asediando a su noble ruego, gustosamente reproducimos:

«Los que suscriben, alumnos de todas las facultades, ingenieros, teneduría de libros e instituto, dan las más expresivas anticipadas gracias al señor director de *El Globo*, y le ruegan la inserción de las siguientes líneas:

La inmensa mayoría de los estudiantes que hoy hay en esta corte, bajó a las primeras horas de la madrugada a la estación del Mediodía, Prado, calle de Alcalá, con el único y exclusivo objeto de adherirse a la protesta enérgica que nuestros hermanos de Sevilla, Zaragoza y Barcelona promovieron contra los tristes y lamentables días de luto porque atravesamos en las jornadas del 19 y 20 de Noviembre del 84.

La manifestación llevada a cabo por nosotros ha sido imponente y pacífica, como no podía menos de suceder. Todos nos congratulamos de ello; pero al mismo tiempo, y antes de que la prensa conservadora, y cualquiera otra diga que entre la apilada multitud había personas que intentaban dar carácter político a este acto digno, hemos de decir, en honor de la verdad, que en el Círculo republicano de Madrid y en la redacción de *El Motín*, nos aconsejaron la mayor prudencia y sensatez.

No podemos menos de elogiar la conducta de las autoridades, que a excepción de lo ocurrido en la calle de Fernando el Santo, se han inspirado y conducido sin salirse de la ley.

Sirvan al mismo tiempo estas líneas de felicitación cordialísima a nuestros hermanos de Sevilla, Zaragoza, Barcelona, y a todos los estudiantes de España.

Por la Facultad de derecho y filosofía y letras, Evaristo Díaz Lozano y Manuel Mateos Fernández.

Por la de medicina, José I. Figueroa y Rifo Saiz y Saiz.

Por la de ciencias, Acisclo Grás.

Por la de farmacia, Aureliano Lozano y Angel Martín.

Por ingenieros, José González Pérez.

Por el Instituto, Tomás P. Carceller.

Por los estudiantes de teneduría de libros, Manuel Sánchez.

Signen las firmas en número de 6.000.»

Otra comisión de estudiantes nos ha remitido también la siguiente alocución:

#### AL PUEBLO DE MADRID

Ciudadanos:

Hoy hemos reivindicado los fueros universitarios, hollados por el partido conservador.

La espontaneidad con que nos habéis ayudado en esta obra de progreso, es lazo que nos obliga a ofrecer nuestro conato al pueblo de Madrid, siempre que peligren sus derechos.

Madrid 11 de Noviembre de 1888.—R. Dalorme Salto.—Miguel Guillén de Maza.—Luis de Peralta y Barbier.—José Zardoya y Gallardo.—Manuel Núñez.—B. Aguirre.—Rafael Muñoz.—Carlos Díaz.—L. Esteve Gómez.—F. C. Nayarrete.—Signen las firmas.

#### ECOS POLITICOS

Las redacciones de nuestros estimados colegas *La Epoca* y *Las Ocurencias* llevaron ayer su correspondiente ración de pitos.

Así es que consideran perdidas las instituciones y la patria.

*La Epoca* dice:

«Aquí ya no existe gobierno, ni libertad, ni orden ni garantía alguna para las instituciones, y sólo nos es dable exclamar:

¡Dios salve a España! ¡Dios salve a la monarquía!»

*Las Ocurencias* exclama:

«Repitamos la frase tan conocida: "Dios salve a la reina. Dios salve al país!"

Y *La Correspondencia* contesta por nosotros:

«S. M. la reina ha visitado esta tarde, según costumbre, con sus augustas hijas a su hermana la infanta doña Eulalia.»

Decididamente, estamos en plena revolución.

Cuando las madres se atreven a exponer a sus hijos a los horrores del desenfrente revolucionario.

En casa de *Las Ocurencias*, donde no pesa de tibieza conservadora, se refugió ayer el poco sentido que va quedando en la familia.

Y en vez de decir horrores, se limitaron a exclamar:

«¡Nos han silbado!»

«¡Pasional! También se ha silbado por los estudiantes a Rivero, el gran demócrata; a Sardoal, ministro de Fomento de la izquierda, y al mismo actual gobernador Sr. Aguilera, durante el ministerio radical del Sr. Posada Herrera; y a otros mil liberales y no liberales, que en esto de las silbas a cada uno le llega su San Martín.»

En otro lugar dice:

«Nosotros nos asomamos al balcón y saludamos a los manifestantes. Estos continuaron durante diez minutos gritando y dando "vivas" y "muermas", y se marcharon después de hacer auto de fe con un número de nuestro periódico 0. Y no pasó más.»

La policía no pareció, o por lo menos, no la vimos, y por lo tanto, los manifestantes estaban en completa libertad.

La confesión no puede ser más terminante.

«Unos amotinados furiosos que se limitan a quemar un pliego de papel, estando abandonados a sí mismos!»

Lo dicho: *Las Ocurencias*, es el periódico más serio y sensato de la grey conservadora.

Lo que no pueden resistir los oídos es la protesta del Círculo conservador, escrito laberíntico lleno de inexactitudes, que es una colección de amenazas:

Copiamos algunas frases:

«Asumiendo en día triste y de vergüenza para un pueblo entio como el de Madrid, la representación de la Junta directiva del Círculo liberal-conservador, declaramos en su nombre, que si desprecia el atentado cometido con el propósito de manchar la dignidad de nuestro jefe ilustre, que, por hallarse tan alto, no ha podido ser manoseado por una turba grosera, que daba, sin duda, gustoso espectáculo a unas autoridades sin prestigio, que sólo servirían para aumentar el escándalo con su inútil presencia...»

Y en otro lugar dice:

«Es este el fruto de la presencia de algunos mi-

nistros en centros donde suponían que el montón se preparaba? ¿Es este el fruto recogido por las autoridades en las calles?»

¡Gran prestigio el suyo! ¡Confianza grande puede haber en tales hombres!, a no ser que se pretenda colocar a nuestro partido fuera de la legalidad, que la ley no sea valedera para los que lo forman, sino al entio de las masas, contempladas y mimadas por las autoridades: si a eso se vá, los liberales conservadores estaremos en nuestro puesto de honor, y la responsabilidad de las catástrofes será de los gobiernos débiles, ya que no cómplices, que alientan la perturbación, el desorden y la falta de respeto a las altas instituciones, principiando por atacar a sus más leales defensores.»

No nos atrevemos a poner comentario alguno.

Temerosos de que los haya puesto el Juzgado de guardia.

Los teatros, las calles, los paseos, los cafés, y aun el camino de la Plaza de Toros, estuvieron ayer llenos de gente, a pesar del temporal y de la suspensión de la corrida.

Y sin embargo...

«Estamos, pues, en plena revolución; no tenemos ya ni orden, ni seguridad, ni gobierno, y ante semejante triste espectáculo, sólo debemos decir: ¡Conservadores, a defenderse, porque la monarquía española corre hoy gravísimo peligro!»

¿En plena revolución?

¿En pleno 1872?

¡Ah! vamos, que se dispone el Sr. Eliuayen a ser ministro revolucionario, y los diarios conservadores a tener concomitancias con la dinastía de Sábios.

*El Noticiero*, que vendió ayer muchos ejemplares de un suplemento, destinado sin duda a aumentar el escándalo, exclama aterrizado:

«¿Qué ha hecho el gobierno, el primero desde hace días en declarar que conocía lo que se preparaba? ¿Qué han hecho las autoridades que a sus órdenes tenían concentrados en los alrededores de la estación grandes fuerzas? ¿Qué han hecho! Nada. Han silbado los manifestantes, han gritado ¡muera! Con furor, han lanzado piedras, contra personas respetabilísimas y esas autoridades han permanecido indiferentes viendo pisotear las leyes, viendo como se insulta al ciudadano honrado, al hombre eminente.»

¿Cómo que qué han hecho las autoridades?

¡Pregúnteselo usted al gobernador.

Que recibió una pedrada en una mano y un la drillazo en la espalda, por evitar al Sr. Cánovas que recibiera contestaciones adecuadas a sus apóstrofes.

## LOS GRANDES PROCESOS

### EL ASESINATO DE MARIA AGUÉTANT

La Audiencia de hoy, empieza por la declaración del doctor Brouardel, dando cuenta de la autopsia del cadáver de María Aguéttant, y del examen de Prado hecho después de la denuncia de Eugenia Forestier. Habla el doctor Brouardel:

La víctima presentaba en el cuello una incisión perfectamente limpia de 10 centímetros de largo y tres ó cuatro de profundidad, con los bordes bastante separados, pareciendo producida por un golpe asesiado, tirando la cabeza hacia atrás y cortando la garganta de izquierda a derecha.

En cuanto a Prado, le reconocí con cicatrices en la mano derecha y otras en la izquierda pero antiguas, siéndome imposible determinar como requiera el juez de instrucción si procedían ó no de un arañazo.

El saco de María Aguéttant ha sido también abierto por medio de una sección, no ménos limpia, hecha con instrumento cortante y bien afilado.

Prado presta gran atención a lo que declara M. Brouardel, más bien como *amateur*, que como interesado.

El Presidente.—Ha dicho usted que la herida parecía haber sido hecha con instrumento de mango resistente y hoja bien afilada. En segundo lugar ha dicho usted también que había hecho experiencias con una navaja de afeitar en comprobación de que es posible producir una lesión análoga, valiéndose de esta clase de instrumentos.

M. Brouardel.—En efecto, me ha servido de una navaja ordinaria, acreditada la posibilidad de ese resultado, pero no puedo llegar a la afirmación concluyente de que ese instrumento ha servido para cortar la garganta a la Aguéttant.

Cortado un cuero con la misma navaja, también se demuestra que es posible que el saco se hubiera abierto por este medio.

En cuanto a las manchas de sangre que se hallaron en el saco, tampoco se puede afirmar exactamente que provengan de la sangre que tenía el instrumento, las manos del asesino ó las de las personas que levantó a la Aguéttant. Yo no he visto el saco, sino después de haber corrido por muchas manos.

El procurador general Sarrut.—Resumiendo, el corte del cuello y el del saco, ¿han podido hacerse con el mismo instrumento?

—Sí; pero tampoco puedo afirmar que lo hayan sido.

Acuerda una pregunta formulada por el abogado Comby, el tribunal encomienda a M. Brouardel examinar el estado físico y patológico de Prado, con el fin de saber si se halla dotado de una constitución fuerte.

Se suspende la audiencia por 20 minutos.

Al reanudarse, M. Brouardel, haciendo una ligera exposición sobre la materia, dice:

—Prado tiene un corazón que palpita con más ó menos frecuencia, pero no está enfermo. Desde el punto de vista de su musculatura, es bien constituido, y considerando el largo tiempo que lleva de prisión se comprende que antes debía ser todavía más robusto.

El Presidente.—De modo que un hombre de las fuerzas físicas de Prado pudo cometer el asesinato de la Aguéttant?

—No lo pongo en duda.

El letrado Comby.—Considerado el golpe que se le dió, ¿fué pronta la muerte?

—Debí seguir inmediatamente; a lo más media hora un intervalo de ocho ó diez minutos entre el golpe y la muerte. Una vez cortada la garganta fué imposible a la víctima proferir un solo grito. Este únicamente pudo producirse en el momento en que se dió el golpe.

El letrado Danet.—¿La navaja que sirvió para cortar el saco, pudo cortar también a la vez el billete de banco plegado en cuatro que se hallaba junto al forro, y que Prado, a lo que parece, entregó a la Forestier el día siguiente del crimen?

Brouardel.—Ciertamente.

—La sangre de una persona asesinada en las condiciones de la Aguéttant ¿no exhala un olor particular?

—Entendámonos. No se percibe olor especial; se ha sostenido que la sangre de cada animal tiene un olor especial y que la de las mujeres no huele lo mismo que la de los hombres. Pero estas hipótesis no se han visto confirmadas por la experiencia.

Ha debido, sin embargo, producirse un olor muy semejante al que se percibe en los mataderos.

—Ese olor, ¿no ha podido llevarlo consigo el asesino?

—Si este ha conservado manchas de sangre en las manos ó en el calzador, pudo muy bien conservar el olor, que no hubiera persistido si el criminal se hubiese lavado las manos dos ó tres veces.

—Esas palabras confirman la declaración de la Forestier, la cual asegura que Prado, al día siguiente del crimen, quemó las botas. Dabo preguntar, sin embargo, a M. Brouardel, si no existiendo el olor ¿puede imaginarse el homicida que lo siente aún?

—Padiera ser.

El letrado Comby formula unas conclusiones, procurando que el tribunal haga constar que una carta enviada por Prado a la Congonnan en el despacho del juez, con ocasión de una conferencia secreta, ha sido comunicada al jurado, de la cual carta se dice que contenía raspaduras posteriores al momento de ser entregada.

Presenta, además, varias conclusiones encaminadas a lograr la anulación de todo lo actuado indirectamente en España durante el viaje del juez de instrucción, pues entiende que, no teniendo los jueces el derecho de actuar en jurisdicción vecina a la suya, ménos pueden tenerlo en el extranjero.

El fiscal, Sr. Sarrut, pide que sean desechadas tales conclusiones que, ni de derecho ni de hecho, le parecen justificadas. Manifiesta también dudas sobre si incidentes tan repetidos tendrán ó no por objeto único facilitar la evasión del acusado. (Sorpresa del público.)

El letrado Comby protesta contra la hipótesis y mantiene sus conclusiones.

El tribunal se retira para deliberar.

A las tres y cuarenta se reanuda la sesión, y recibe Comby y explicaciones satisfactorias.

La verdad es que el fiscal suele emplear frases muy peregrinas. Ayer, sin ir más lejos, le preguntó a Mlle. Congonnan si Prado se paseaba por Bardeos, en tenue de *grand seigneur espagnol* (en traje de gran señor español.)

La declarante contestó que lo que llevaba era una capa. (Grande tenue.)

El tribunal notifica en seguida a Prado los hechos relacionados con la carta de Maurice Congonnan, y comisiones a M. Charavay, perito, para que investigue como se habrán producido las raspaduras que aparecen en la carta. Desecha asimismo las conclusiones encaminadas a la anulación de los procedimientos seguidos en España.

Prado.—Antes de que sean oídos otros testigos, desearía proponer algunas cuestiones a la Forestier. ¿Tenía yo un gabán de color castaño, cuando el asesinato de María Aguéttant?

Eugenia Forestier.—No. Era de color de café con leche.

—¿Gastaba pastillas, ó parecía como si las llevara por el corte especial de mi cabello?

—No.

—¿La noche del asesinato, ¿no pasé con la Forestier?

—Ni Eugenia, ni Ibáñez, que debió comer con los dos amantes, recuerdan estos pormenores.

Es llamada como testigo la señorita Richard.

Mlle. Richard, artista de teatro. Yo estaba en el Eden la noche que María Aguéttant salió acompañada de un asesino. Dije que se iba con un amigo suyo; serían las once; y sólo de lejos pude ver al acompañante con un paletó avellana y sombrero bajo cuadrado, parecido a otro que hay sobre la mesa de las piezas de convicción. Me parece que llevaba bigote.

Después de tanto tiempo se me ha borrado su fisonomía. Pero recuerdo que era bajo de cuerpo, delgado y de 28 a 30 años.

P.—¿Cuándo la confrontaron con él?

R.—No lo reconocí.

P.—¿Dijo usted que Linska le parecía más moderno y que su recuerdo no era tan vivo como para reconocerlo por una fotografía?

R.—Sí, señor.

Preséntasele a la testigo el retrato que se reprodujo en *El Globo*. La testigo no lo reconoce.

P.—Eugenia Forestier, ¿es ese paletó conforme en color y forma con el de que habla?

R.—Casi el mismo.

P.—¿Ibáñez, ¿y a usted qué le parece?

R.—Me parece que es más oscuro.

El acusado se viste el abrigo y confiesa que como forma y color es el de su uso. La prenda, en efecto, le viene como a medida. Lo mismo que el sombrero; son los suyos. La testigo dice que no puede precisar nada.

P.—¿Frecuentaba usted el teatro del Eden?

R.—No, señor.

P.—¿Saba usted si se han hecho pesquisas entre el público habitual?

R.—¿Añ lo yo sé.

P.—¿Decididamente no podrá usted precisar la hora en que se retiró María Aguéttant?

R.—No, señor.

Entra la criada de la víctima, joven, fisonomía estúpida, Alsaciana de naturaleza, y que narra lo ocurrido la noche de autos, diciendo que su ama entró de once y media, acompañada de un caballero. Que entró con ellos en el dormitorio depositando la luz sobre la chimenea, delante de la cual colocó el hombre, por lo que su rostro no se hacía visible. Fué ella por varios objetos de tocador; y al volver, en ama se desnudaba, dejándola por último al salir, en casaca. Fuése a la cocina, donde leyó el *Petit Journal*, quedándose embalsada. A eso de la una de la madrugada, pareciéndole que el sujeto no había salido, llegó a la puerta del dormitorio que daba al corredor, y no percibió ruido alguno. Pero la costumbre de su ama era no dormir con ningún extraño, porque su amante oficial venía a la madrugada a pasar la noche con ella. Perpleja, bajó a consultar a la portera lo que debía hacer; respondiendo ésta que se volviera y esperase a que el huésped se marchara ó a que el amo viniera. Volvió a la cocina y esperó a M. Blé.

P.—¿En sus primeras declaraciones no estuvo usted tan precisa respecto a la hora en que entró su ama?

R.—Calculé la hora porque el gas ya estaba apagado.

P.—¿A qué hora lo apagaban?

R.—No lo sé.

P.—¿Cuánto tiempo hacía que estaba usted al servicio de María Aguéttant?

R.—Seis semanas.

P.—¿Vió usted alguna otra vez a la persona que la acompañó esa noche?



la vez se le ha antojado lo mismo con otros individuos.

R.—Sí, señor; por eso no me atrevo a firmar claramente que sea éste. Temo equivocarme otra vez.

P.—¿Estaba cerrada la puerta del cuarto que daba al corredor?

R.—Sí, señor.

P.—¿Cuando usted se despidió de su ama, tenía puesto el collar de diamantes?

R.—Sí, señor, porque siempre salía después.

P.—Primero me dijo usted que serían las doce (noche). Después que las once y media.

R.—Porque ya el gas estaba apagado, y por presunción creí que era esa hora.

P.—Hasta una de sus últimas declaraciones no ha dicho usted que sintiera usted ruido. ¿Por qué no fijó antes este detalle?

R.—Porque no lo recordaría.

P.—¿Cuando entró M. Blés, la cama estaba hecha?

R.—Sí, señor.

P.—¿Cuando iban amigos, se sentaban con ellos?

R.—Sí, señor, pero luego levantábase y volvía a salir.

P.—¿A qué hora entraba M. Blés?

R.—No sé; nunca estaba despierta cuando entraba.

P.—¿Dónde dormía?

R.—En la cocina. Allí me quedé adormecida.

P.—Usted ha dicho en la declaración anterior que en varios detalles se le antojaba que era el asesino al que le presentaban como acusado. ¿Guardias, traigan ustedes al acusado al lado de la testigo. Linke, atraviesa el hemisclio entre dos guardias. Ya junto a la testigo, pregúntale el presidente:

—Ahora, tiene algo que añadir a su anterior declaración?

R.—No, señor. (Retiran al acusado.)

P.—¿No había nadie al lado de usted cuando prestó ante el juez la declaración de que habíamos?

R.—Sí, señor. Mlle. Richard que me dijo al volver: «¡reconozco, es ese!» y entonces me pareció a mí también.

La testigo no demuestra gran inteligencia, y además conviene añadir que también encontró parecido con otro detenido arrestado a raíz del crimen.

Después de ella se presenta M. Bés, amante oficial de la Aguettant. Es alto, moreno, como de treinta años y desempeña por aquel entonces el cargo de cajero en un casino. En la madrugada del 15 de Enero llegaba a casa de su querida, hallando abierta, aunque enojada, la puerta de la calle. Sorprendióle este detalle, pero sin fijarse en él subió y abrió la puerta del piso. Ya en el recibimiento, vio luz en la cocina y yendo allí encontró a la criada vestida y despierta. «¿Qué hace usted de pie a estas horas, le preguntó—dices el testigo. «La señora está con un hombre» me repuso. Fuí entonces al dormitorio de ella, donde entré por la puerta que comunicaba por la sala. No vi a nadie. El hecho estaba hecho, pero separado de su sitio habitual, embarazaba el paso de la puerta que daba a la galería. Fijándome más, vi entonces a María al pie de la chimenea, yaciendo en el suelo. Me acerqué, oreyéndola desmayada; más al querer incorporarla la cabeza, se le cayó hacia atrás sostenida por un poco de carne. Mis pies entonces nadaban como su cuerpo en un mar de sangre. Sobre los muebles y el sobre cama había manchas sangrientas; próxima al cadáver una toalla aún húmeda que sirvió al asesino para secarse las manos. El armario abierto y todo lo que contenía, revuelto.

P.—¿No se fijó usted si en el agua del bidet veíanse flecos de sangre?

R.—No, señor.

P.—¿Fue usted quien recogió ese saco? señalando el de cuero de Rusia que se halla al lado de las otras piezas.

R.—¿Cuál?

Un ujier se lo presenta.

R.—No, señor; el de María Aguettant era negro.

P.—¿Llamad a la criada... ¿De qué color era el saco de la señora?

R.—Negro.

P.—¿Después, desgracia... ese saco fue encontrado a las seis de la mañana del día en que en el propio dormitorio de la víctima se empezó a instruir el proceso.

En esto, una señora que se halla en el público, acérese al centro del hemisclio, y pide que la dejen hablar. Es la hermana de María Aguettant, vestida de luto, y como de 40 años.

Presidente.—En virtud de mis poderes discrecionales, permito declarar a esta señora relevándola de juramento. ¿Qué quiere usted decirnos?

Hermana.—Que ese saco, color de piel de Rusia, no es el de mi hermana; el que usaba era más pequeño, y negro.

M. Blés.—Los valores los guardaba ella en un saco negro, con el que salía siempre.

Hermana.—Dos días después del crimen fui a casa de mi hermana, recogiendo el saco negro de que hablo y que conservo.

Presidente.—Mañana se encontrará usted aquí con él a la apertura de la audiencia, y queda este incidente en suspenso hasta mañana.

P.—¿Estaba deshecha la cama, M. Bés?

R.—No, señor.

P.—¿Qué alhajas conocía a María Aguettant? (La lista publicada El Globo).

P.—¿Reconoce este dibujo de brazalete?

R.—No, señor.

P.—¿Pero tiene algún parecido con el que usted le vea?

R.—No, señor.

P.—¿Y un alfiler de corbata que representaba un puñal, era como ese dibujo?

R.—Sí, señor, este dibujo está hecho por mí, como los de un reloj esmaltado de azul y un alfiler para la cabeza.

P.—¿Encuentra usted parecido entre los dibujos de usted con estos otros? (Presentándole los recibidos de Madrid.)

R.—Sí, señor, un aire.

Estos dibujos están hechos en virtud de la descripción hecha por la señora de Linke.

P.—¿Puede usted indicar otras alhajas que pertenecieran a la víctima?

R.—Una cadena de reloj.

P.—¿Cómo era la rivière de diamantes?

R.—Es difícil recordar.

P.—¿Y viendo un dibujo como este?

R.—No puedo precisarlo bien.

P.—¿Reconoce usted haber dicho que la criada de María le parecía algo sorda?

R.—Sí, señor; pero sin afirmar rotundamente. Suspendese la sesión a las cinco menos cuarto, y reanúdase quince minutos después.

Madame Baurés, que alojó en su casa a Linke y a Eugenia su querida, se conduela de haberlos mantenido durante algún tiempo, hasta Enero de 1886, y que le deben una 600 francos.

P.—¿Quién se fue primero?

R.—El. Su mujer me dijo que la había dejado, y entonces le hice saber que era necesario dejarme libre la habitación que ocupaba. Su estado era muy deprimido; sin dinero alguno. Tanto, que tuve que prestarle 20 francos.

P.—Linke, esta declaración no conviene con los medios que usted asegura tenía.

Linke.—Usted le prestaría todo lo que quisiera a Eugenia, pero no a mí. Entonces trabajaba yo.

R.—A ella y a usted.

Eugenia.—Madame Baurés tiene razón.

Dofia Rosa Lopez, propietaria, alojó a Eugenia Forestier en París en Noviembre de 1887, ó sea después del robo de Royan. Eugenia bajó un día a las once y media de la mañana pidiéndole socorro. Sabi y aconsejó a Prado que no hiciera escándalos en mi casa.

P.—¿Aconsejóla alguna vez que lo dejara?

R.—Oh, muchas veces.

P.—¿Y nunca le habió de que la amenzara matarla?

R.—No, señor.

P.—Sin embargo, usted ha declarado que, muerta de miedo, un día bajó a su casa la Forestier, y aún que la hizo dormir en ella, porque la pobre no se atrevía a dejar a su amante.

Linke.—Lo único que pasó en casa de esta señora, fué que, de un puntapié, hice algún desperfecto en una puerta; pregunté a esta señora cuánto se debía, pagué y me fui.

Eugenia.—Y también que la señora vió que con el paraguas amenzábase la cara.

Rosa.—Es verdad.

P.—¿Qué concepto le merecía a usted Eugenia?

R.—Ella de una buena muchacha, seria, trabajadora y desgraciada.

Mlle. Lenoir, vigilante de la prision de Marennes.

P.—¿Qué sabe usted respecto a las revelaciones hechas en la cárcel por Eugenia Forestier?

R.—Un día, hablando con Muriellette Couronneau, díjome que era bien desgraciada teniendo un hijo de un asesino. Entonces dije yo: tal vez de María Aguettant, Eugenia inmediatamente me hizo un signo afirmativo.

P.—¿Qué aspecto tenían las dos mujeres cuando hacían y recibían cada cual la confianza?

R.—Tristísima.

P.—¿Eugenia os dijo que ella había imaginado un día que Prado era el asesino?

R.—Sí, señor. Y yo la recomendé que se lo comunicara al procurador de la República.

P.—¿Qué situación era la de estas mujeres en la cárcel de Marennes?

R.—Vivían separadas, pero era fácil comunicarse; luego las reunieron.

Comby.—¿Ojó el testigo que la Eugenia descaba venir a París; y ojóelo a la Daul, que lo aseguraba?

R.—No, señor.

P.—¿Ojó alguna vez que la Forestier dijera que declarando el secreto quedaría ella libre como la querida de Pranzini?

Eugenia.—Yo no he dicho jamás que quedaría libre, sino que después del proceso quedaría tan triste, y mi situación tan difícil como la de la Sabatier (la querida de Pranzini).

La testigo no oyó nada a propósito de esto.

M. Cressel, pastor protestante en Marennes, fué llamado a la cárcel para aconsejar a Muriellette Couronneau, recomendándole, como debía, que declarase la verdad de lo que supiera.

P.—¿Ha levantado usted un juramento dado por Muriellette?

R.—Hablóme de un juramento prestado sobre la cabeza de su hijo. Ella díjome que era el padre de su hijo y que en el asunto de que se trataba peligraba su cabeza. Parecíame muy agitada, habíamos largamente, y le hice todo género de consideraciones para dejar libre su conciencia y la mía, conservando en esto mi carácter debido. Ella, al fin, mostrós dispuesta a declarar, y ya lo hizo, sin preguntarle detalles del crimen.

Comby.—¿Cree el testigo que queda relevado de su secreto profesional, contestando al juez de instrucción sobre lo que le declarara la Muriellette Couronneau?

Pastor.—Perfectamente; he dado algunas explicaciones al juez, pero de mis apreciaciones solas, no de lo que me declarase Muriellette.

Presidente.—Estas cuestiones de conciencia son excesivamente delicadas y después de las reservas que yo el primero le reconozco el derecho de hacer, suplico a la defensa se sirva no insistir en el incidente.

M. Rigolet, empleado en una casa de banca de París, el 2 de Noviembre de 1885, asegura que recibió Eugenia Forestier, 800 francos girados de América.

Linke dice ignorarlo.

Eugenia Forestier asegura recibió los dirigidos a Boulogne y

M. Champion, empleado de Correos y Telégrafos en Boulogne, el 11 de Febrero de 1886, recibió en mandato telegráfico 200 francos girados de España.

La Audiencia de hoy, después de la de anteyer, ha sido la más interesante.

Prado ha escrito una larga carta a su señora, que declaró mañana, recordándole su cariño, y que si la hizo desgraciada, fué seguramente contra su voluntad. Con este motivo, le suplica la mayor cordura en sus declaraciones y gran bondad en lo que diga respecto a él.

Es seguro que mañana no puede terminarse el proceso.

Dícese que el presidente piensa declarar la sesión permanentemente hasta la madrugada del domingo.

La asistencia continúa siendo numerosísima y distinguida y la curiosidad no cede.

L. ARZUBALDE.

Paris 9 Noviembre.

## TELEGRAMAS

### DE NUESTRO SERVICIO PARTICULAR

Barcelona 11 (10.5 n.).—Ha salido para San Sebastián el Sr. Romero Robledo.

En Vallidra se ha celebrado el banquete militar carlista.

Han sido pronunciados varios brindis contra Nocedal.

Recibieron los reunidos un telegrama de adhesión de D. Carlos.

La concurrencia ha sido escasa en la reunion de anarquistas celebrada en el Circo.

Se han pronunciado discursos muy violentos, atacando al gobernador y glorificando a los ahogados en Chicago.—Junoy.

## SECCION DE NOTICIAS

Hoy llegarán a la estación del Norte, once coches para el servicio de las ambulantes de correos, de los diez y siete que se han construido en Nuremberg.

Personas que han tenido ocasión de ver los referidos coches en la frontera, nos dicen que son de lo mejor que hasta hoy se ha construido para el servicio de las ambulantes.

También tenemos noticias que se piensa en uniformar a los empleados de correos para 1.º de Enero próximo.

¿Como el 2 no los dejen cerantes!...

SUCESOS DE AYER

Anoche, a las nueve, un hombre llamado Manuel Riesgo Lopez, prodajo en la calle de la Palma, la fractura de la muñeca izquierda a Teresa Moreno, teniendo que ser curada en la correspondiente Casa de Socorro.

El agresor fué preso.

—En la calle de Rosales, un hombre se disparó un tiro de revólver sobre la sien derecha, quedando muerto en el acto.

No pudo ser identificado el cadáver.

—También en el establecimiento de los baños Arabes, calle de Velazquez, a suicidó por la mañana, dentro de uno de los cuartos un hombre, que no pudo ser tampoco identificado.

Se ignora la causa de tal resolución.

La manifestación en sus diversas ramificaciones pudo creerse y quedó realmente terminada con la grito silba intentada, poco después de las seis de la tarde ante el círculo conservador, y que no llegó a realizarse por la presencia del gobernador, secundado por el ministro de la Gobernación, que se encaminó allá desde su despacho, acompañado del jefe de la sección de orden público al tener noticia de lo que ocurría. Convenientemente custodiado el edificio por varias parejas de orden público, nada volvió a intentarse.

Entre nueve y diez de la noche, la plaza de Aton Martin hallábase más concurrida que de costumbre a tal hora. La misma acumulación de gente hubo de hacer creer a muchos que se trataba «le hacer algo» y sin duda por no quedar defraudados en sus esperanzas, sonaron varios silbidos, y después muchos más, pero sin saberse contra quién iban dirigidos: todo fué cuestión de algunos momentos, quedando luego tranquilo aquel sitio sin más que la invitación hecha por los agentes de Orden público a que cada uno siguiese su camino.

Algo después, entre diez y diez y media, se encontraba en la calle de San Bernardo un grupo numeroso de gente joven, estudiantes al parecer, reforzado por buen número de curiosos. Su propósito parecía ser repetir la grito y los silbidos ante la casa del señor conde de Toreno, que por allí vive.

Entre tanto, y como para tomar coraje, se leía en voz alta el número de *La Epoca*, que anoche venía bueno, pero bueno. Sus exageraciones y la protesta de sus correligionarios, que inserta el diario conservador, pusieron el colmo a la indignación de los reunidos, y sonaron silbidos y mueras a los atropelladores de la juventud escolar.

En esto se presentó una sección de Guardia civil a caballo y les invitó, según costumbre, a tomar «la derecha ó izquierda.» Pero la lectura del periódico conservador había caldeado los ánimos en términos de no hacer caso de la invitación de los guardias; y entonces estos metieron los caballos por medio de los grupos y repartieron unos cuantos cintarazos, con lo cual quedaron disueltos en aquel sitio. No hay noticia de que resultara ningún lastimado grave.

Hijuela del anterior debió ser un pequeño grupo que se corrió hasta frente a la redacción de *La República*, donde dieron vivas al colega, obligando a uno de los redactores a dirigirles la palabra para demostrarles su agradecimiento.

Y no tenemos noticia de otros hechos.

De ellos y no de ninguna otra cosa, se hablaba anoche en todos los círculos.

La curiosidad había llevado a leer, con mayor afán que otros días, la prensa conservadora, y sus declaraciones contribuyeron a extraviar un poco la opinión. Bien que para los conservadores har, poco menos que sonado las trompetas de Jericó, y comenzado a destruirse el edificio social donde muy en breve no quedará piedra sobre piedra, como en la ciudad maldita.

Algunos liberales que solo como mote se dan ó llevan este título, ayudaban inconscientemente a los conservadores en su tarea, lamentando los hechos de ayer, que calificaban de síntoma grave para el porvenir de las instituciones políticas.

Pero muchos otros, verdaderos liberales después de consignar su opinión explícita de que mejor hubiera sido que nada ocurriese, afrontaban valientemente las consecuencias de lo ocurrido y sostenían que más sí los conservadores eran los responsables de lo sucedido. Su prensa tratando de falsear la opinión achacando a los pueblos lo que solo eran manifestaciones de algunos amigos y el jefe exagerando sus doctrinas contrarias a los principios liberales y un esbozo de desdén hacia las clases populares y a todo lo que sea dignificarlas por su participación en la vida pública.

Las ilustres personalidades que así se expresan, afirman, que los ejemplos de casos análogos y aún más graves, se suceden en otros países con más frecuencia que aquí, sin que en ellos, los monárquicos convencidos, hablen, ni digan, ni piensen que peligras el edificio social. Y que aquí es preciso demostrar a los conservadores que aunque ellos griten y vociferen, exagerando lo que les sucede por mal de sus pecados, que se acaba el mundo, no se acaba nada más que ellos, que pueden darse por concluidos para el gobierno.

Por lo demás, a pesar de los anuncios de los interesados en soliviantar los ánimos, la vida habitual de Madrid en día festivo, no se interrumpió anoche en lo más mínimo. Llenos los teatros y cafés. La concurrencia a los casinos y centros de recreo fué mayor que la de ordinario.

Sólo el Sr. Moret, contra costumbre, ausió a su despacho de Gobernación, por el algo ocurría, y no se retiró hasta que se hubo convencido de que todo estaba tranquilo.

## SACETA OFICIAL

### DE HOY

GOBERNACION.—Orden resolviendo que los mozos prófugos declarados inútiles por defectos ó enfermedad están sujetos tres años a la revision que ordena el art. 81 de la ley.

FOMENTO.—Otra disponiendo que no pueden formar parte de los tribunales de oposiciones a escaños los individuos que desempeñan el cargo de habilitados de los maestros.

## MOVIMIENTO BIBLIOGRAFICO

La biblioteca andaluza dirigida por los Sres. Giner de los Rios y Carrion, acaba de enriquecer su ya importante colección de tomos a precios económicos, con el primero de una obra escrita por D. Manuel Pedregal y Casteño, ex-ministro de Hacienda, sobre Sociedades Cooperativas.

Con ella inaugura la Biblioteca Andaluza su segunda serie, y afianza el carácter enciclopédico que tienen sus trabajos, el cual hace a éstos, así como la baratura de los precios, de todo en todo recomendable para el público.

La reconocida idoneidad del Sr. Pedregal en las materias tratadas en «Sociedades Cooperativas», nos releva del trabajo de encomiar la importancia de este libro, que es de una utilidad incontestable. Su precio, de una peseta para los suscritores a la referta Biblioteca, y de 1.50 para el público, lo ponen al alcance de todos los bolsillos, así como la discreción exquisita y el estilo empleado en esta ocasión por el Sr. Pedregal, lo ponen al alcance de todas las inteligencias.

Esta primer tomo enriquecido con algunos interesantes apéndices, se halla de venta en las principales librerías.

Agotada en poco tiempo la primera edición del *Cróquis de las líneas férreas españolas en explotación*, por D. Eduardo Muñoz Mosquera, jefe de las oficinas del tráfico de los ferro-carriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, se ha publicado la segunda edición, aumentada con las nuevas líneas, incluso las portuguesas.

Este trabajo es indispensable a los empleados de ferro-carriles, correos, etc.

Precio de cada ejemplar: 60 céntimos de peseta en Madrid, y 75 en provincias.

*Diccionario general etimológico de la Lengua española*, por D. Eduardo de Bohegaray.—José María Faquinetto, editor, Olivar, 6, Madrid.

Se han publicado los cuadernos 65, 66, 67 y 68 de esta importante obra.

Precio de cada cuaderno: 50 céntimos.

## DIMES Y DIRETES

¡Claro! ¿De qué vá a hablar uno? ¿De lo de ayer! Yo, señores, siento en estos momentos apremios no ser conservador.

¡Me corren por el cuerpo unas ganas de indignarme como se ha indignado el partido a quien se debe que aún haya patria!

Los periódicos del género venían anoche echando chispas.

Es, en efecto, vergonzoso lo ocurrido.

Madrid ha protestado entero como un sólo pito y ni ha salido la artillería a las calles, ni se ha cortado la cabeza a nadie, ni se han llenado las Casas de Socorro, ni, lo que es más grave, ha habido una sola carreta.

Los periódicos conservadores hacen bien en indignarse.

Esto es indoloroso, bochornoso y horroroso.

Los conservadores no hacen las cosas de esa manera. Está visto que los de la acera de enfrente no sirven para esta clase de espectáculos. No saben echar pimienta en esos guisos.

Convergamos en que los protagonistas han hecho cuanto han podido por aderezar la salsa con mostaza.

Son muchos los que han oído a los hombres de orden gritar ¡canallas! ¡bribones! ¡pillos! ¡tunantes!

¿Qué por lo tanto sentado y establecido y hágase la division conveniente.

Los que arrojan palomas y ramos, ¡hombres sensatos!

Los que silban ¡redomados bribones!

No se escapan del anatema ni los mayores del tranvía.

*La Epoca* está indignada contra ellos.

Al conducir los coches por la calle de Fuencarral, que estaba llena de gente, se vieron los conductores obligados a sacar el pito repetidamente para avisar al público y evitar desgracias.

Pero *La Epoca* a quien le parecen ya protestas todo lo que es ruido de silbato, se haquejado de que los mayores del tranvía no cesaron de silbar desafortunadamente.

«Es un hecho—dices—que ha quedado sin correctivo.»

Vá a haber que dar el poder hoy mismo al señor Cánovas, para que si aún es tiempo corria a su gusto esos desmanes.

¡Corte usted por donde quiera, D. Antonio!

*La Correspondencia* ha estado cruel.

Díce que llegó el Sr. Cánovas al hotel de sus suegros, y añadió:

«¡Allí dieron la bienvenida al Sr. Cánovas los hombres mas caracterizados de su comunión política.»

¿Cómo! ¿Se atrevieron a darle la bienvenida? ¿Y en serio?

Pues esos no son hombres caracterizados, sino característicos.

¡Qué de gritos subversivos se han dado!

En esto convienen también todos los periódicos de la comunión.

Se ha gritado todo lo gritable.

¡Viva la liquidación! ¡Viva el reparto! ¡Viva la orgía! ¡Viva el hermano Iglesias! ¡Viva Campos Barrantes! ¡Viva la Comcha Somera!

Y después de tanto abuso, ni un sólo cadáver.

¡Esto clama al cielo!

De las formas groseras empleadas, que le servir de muestra lo hecho por un sujeto que, dirigiéndose a un agente, le preguntó:

—¡Caballero guardia! Dígame usted, y usted dispense, ¿se permite silbar?

Y no ha sido preso ese jefe de motín?

Lo dicho, ¡aquí no se puede ya vivir!

Finalmente:

El partido conservador ha recibido una gran silba, pero se conoce que esas cosas le engordan.

El partido conservador ha engordado.

Dos distinguidos periodistas, D. Antonio Peña y Góni, y D. Pedro Bofill, crítico musical el primero, y crítico literario el segundo, se han metido ayer en el partido conservador, según cuenta *La Epoca*.

Hay que poner en claro eso. Mi amigo Peña y Góni ya estaba dentro, mi amigo Bofill esperaba sentado en la redacción de *La Epoca*.

Convergamos en que han tenido razón ambos.

La manifestación de ayer es mala considerada musical y dramáticamente.

Ni fué concierto filarmónico, ni murió en el drama el apuntador.

Tienen razón, los queridos amigos: lo del cierre de puertas y lo de la noche de Santa Isabel, estuvo mejor hecho.

Despidámonos pues:

¡Adios Antonio! ¡Adios Perico!

El ayuntamiento de Utrera ha descubierto casi, casi, la cuadratura del círculo.

En cuanto en el presupuesto del pueblo resulta un déficit, hacen un reparto vecinal y tapan el déficit con el bolsillo de los vecinos.

¿Que aumenta el déficit? Pues aumenta el reparto, y ellos se quedan tan tranquilos y diciendo:

—¡Anda! ¡anda! ¡Y dicen que estas cosas de Hacienda son tan difíciles!

Ya lo saben los encargados de formar gabinete.

¿Falta un ministro de Hacienda? ¡Pues a Utrera por él!

Potros y ministros de Hacienda.... ¡introrral! ¡introrral!

## IPUM!

Pídase en los cafés, confiterías y ultramarinos.

BOLSA

Madrid: contado 000 : fin 72.87.

Barcelona: interior 72.80 exterior 74.65.

Paris 000.—Londres, 00.00

TIP. DE «EL GLOBO», A CARGO DE J. S. DE THIGO.

San Agustín, núm. 2.



